

## LA CUEVA

LAS PAREDES DE LA CÁMARA SON de color marfil viejo, pero húmedo, anfibio, como si todavía recordaran los ríos que los formaron, hace siglos desaparecidos. Se abultan, grávidas, como acercándose a nosotros, y luego se encogen y desaparecen en la sombra.

Una de las dos chicas lleva una lámpara de queroseno; su amiga va cargada con un inmenso bolso de cuero. Las dos parecen estudiantes, o están en la edad de serlo. Cuando llegaron riéndose a la mesa del guía, al fresco de la boca de la cueva, ese bolso me hizo sonreír. Mira que venir a una cueva con semejante cosa. Ya estamos en la tercera cámara, el aire es pesado y húmedo; huele a hierro y a tierra profunda. El camino por el que hemos venido está en la más completa oscuridad. Igual que el que tenemos frente a nosotros. Nos movemos por unos pasajes en una especie de luz coagulada, proyectada por dos siseantes lámparas de queroseno. Cuando las lámparas se mueven, las sombras galopan por las paredes.

Formamos un corro alrededor de él, del guía, quien nos habla en un tono muy suave. Es un joven delgado, miembro de la familia que redescubrió las cuevas hace cien años. Pillo

algunas palabras, *agua o murciélagos*, un racimo de los cuales, semejante a un ovillo de pelo púbico, colgaba por encima de nuestras cabezas. Tomás dice que los hay a miles, dormidos, en las galerías más alejadas, más profundas. Dice que fue por los murciélagos cómo se descubrieron las cuevas. Dos agricultores antepasados suyos buscaban guano de murciélago para echarles a sus olivos como fertilizante, así que se fijaron adónde iban los murciélagos cuando amanecía, y, a la manera del Flautista de Hamelín, los murciélagos los condujeron a una hendidura en la montaña. Y así volvió a comenzar el baile: animales, humanos y una cueva.

Observamos las estalagmitas a la tenue luz de la lámpara. Algunas miden más de dos metros, gruesas sombras, condensadas, pero duras y húmedas. Se asemejan a esos especímenes patológicos que se conservan en tarros en los museos de anatomía, drenados de todo color. Puede que sea esto lo que le da solemnidad a la cueva; tienes la sensación de estar haciendo algo íntimo, transgresor, de lo que solo se puede hablar en susurros. Hemos entrado en un cuerpo, y nos movemos por sus conductos, canales y centros de procesado. La misma cámara en la que nos encontramos está cubierta de manchas de un rojo ferruginoso; parece el interior de un cráneo, un espacio mental, como si la cueva nos estuviera pensando.

—*El Castillo...* como ven —dice Tomás, alzando la lámpara—. ¡Esta se parece a un castillo! Y esta otra... —una figura como macerada en carbonato de calcio— parece un traje de novia. Y miren, a esta la llamamos *la Familia*, ven, cuatro personas, dos grandes y dos pequeñas.

Le seguimos el juego, sonriendo. Es tranquilizador, en esta galería de formas misteriosas, intentar asociarlas a cosas conocidas del mundo exterior.

—Esa, esa de ahí arriba... ¡parece un búho! Y miren... ¡una guillotina!

*Parecer* es la palabra. Esto se parece a eso, y, ¡hala!, ya están conectados.

Estamos en la profunda sala de los símiles.

Dejamos atrás las estalagmitas, subimos por una rampa de piedra en la que han esculpido unos escalones, y entramos en otro espacio, más alto y más amplio. La boca de la cueva, el mundo exterior, ya es solo un recuerdo. Esta vez la lámpara revela un techo alto con unas formaciones parecidas a las laminillas inferiores de las setas. La atmósfera es húmeda y pesada. Cuando los cinco estamos reunidos a su alrededor, Tomás da unos pasos hacia la pared con su lámpara y nos muestra una mancha negra, espesa, en la pálida piedra, que empieza en el suelo y sube afilándose hacia la penumbra del espacio sobre nosotros.

—Fuego —dice.

Durante miles de años, los cazadores recolectores del Paleolítico se refugiaban aquí dentro para dormir, bandas de veinte o veinticinco personas. Hace tanto tiempo que el hollín se ha calcificado y se ha hecho piedra.

Una mancha de hollín en la pared de una cueva. Siento un escalofrío en la espalda. Es como observar el nacimiento de la conciencia humana.

La chica que está a mi lado se cambia el bolso de hombro. No debería haber sonreído. Herramientas de piedra, agua, bayas, leña para quemar. Su criatura. Fuera donde fuera, debía de ir siempre cargada.

Las luces se mueven, las sombras bailan, avanzamos. Pero antes, justo cuando estamos a punto de enfilar un estrecho pasaje para salir de la sala de la hoguera, Tomás se detiene. Quiere que comprendamos algo sobre el espacio que dejamos y el espacio más profundo al que estamos a punto de entrar. Una diferencia. Este sitio, con la hoguera, dice, era para todo

el mundo, era un espacio comunal, donde estaban todos juntos. Había sido utilizado durante miles de años. Puede que fuera aterrador arrastrarse aquí dentro con una antorcha de sebo, pasar por las estalagmitas y subir la rampa de piedra, pero mejor aquí que a la intemperie, con las inclemencias y las fieras nocturnas. Sin embargo, las estancias más profundas a las que enseguida accederíamos podrían haber sido utilizadas solo para actividades especiales y no con fines cotidianos. Nos pregunta: ¿entienden? Creemos que eran utilizadas para alguna ceremonia ritual, y no por todo el mundo.

Hemos entrado en un lugar, esta cueva-cuerpo, no solo lleno de símiles y transformaciones, donde una estalagmita se convierte en un castillo, y el fuego deviene piedra, sino también de diferencias. Asentimos gravemente mientras Tomás habla. Cuando distinguimos y separamos, nos ponemos muy serios. Pero cuando relacionamos, cuando decimos, mira, esto parece un vestido o un búho, o me parezco a ti, entonces nos reímos.

Dejamos la cámara con la mancha de fuego. Los dos hombres son los primeros en entrar en el pasaje. Tienen que agacharse y ponerse de lado de lo estrecho que es el hueco. La chica con el bolso grande está delante de mí; la amiga que lleva la lámpara viene detrás. Me llega el olor de la lámpara y su silbido animal, su cuerpo me calienta la pantorrilla.

Hubo un tiempo, hasta bastante recientemente en el orden del Universo, en el que no había animales salvajes porque todos los animales eran salvajes; y apenas había humanos. Los animales, la presencia animal, nos superaban, nos rodeaban. Nuestro mismo horizonte lo componían los animales. Sus pieles abrigaban nuestra piel, su grasa encendía nuestras lámparas, sus vejigas transportaban nuestra agua, y su carne nos alimentaba, cuando podíamos conseguirla.

Estamos en cuclillas, como cazadores, porque Tomás, que también está en cuclillas, ha colocado la lámpara de tal manera que su tenue luz ilumine un nicho casi al ras del suelo, y cuando miramos nos quedamos con la boca abierta porque en la parte posterior del nicho hay un caballo. ¡Como recién pintado! Es un fragmento de un caballo: con una sola línea roja, el artista ha captado la caída de la quijada; otra línea es el cuello. Una insinuación de crin, unas orejas pequeñas, apuntando hacia delante, y un simple gesto donde la pierna izquierda se une al cuerpo bastan para mostrar que el caballo está en movimiento. Eso es todo: los cuartos delanteros de un pequeño caballo salvaje, trotando en un paisaje desconocido.

No nos quedamos mucho rato; demasiada luz provocará que la pintura pierda color. Tomás avanza, el caballo vuelve a su larga oscuridad. Pero dos cabras montesas no tardan en aparecer en la pared, o a través de la pared, con unos lomos alargados y unos elegantes cuernos vueltos hacia atrás. Están una al lado de la otra, mirando a la derecha e inclinadas hacia arriba, como si se estuvieran alejando cautelosamente colina arriba. Luego se nos revelan dos pequeños toros. Uno de ellos parece ir sin rumbo hacia arriba, su cabeza astada fusionada con la de otro toro, que está orientado hacia abajo. Ninguno de los animales está completo; todos son imágenes parciales, medio reveladas, lo que se acerca bastante a cómo nos los encontramos vivos.

Aquí y allá una mancha oscura en la pared muestra dónde estuvo la antorcha que iluminó al artista, ligeramente humeante, mientras él o ella trabajaba. Los mismos pigmentos están compuestos de minerales extraídos en la cueva mezclados con grasa animal. Pero nunca sabremos por qué aparecen estos animales en lo más profundo de unas cuevas profundas. Alucinaciones, tal vez. Obras de los chamanes. Puede que aquella gente no estuviera pintando, sino

*extrayendo*<sup>7</sup>, o atrayendo la presencia animal desde su origen profundo, la cueva-útero.

Estamos profundamente inmersos en la metáfora, las membranas entre el cuerpo y la piedra, y la cueva y el animal se han disuelto, fusionado, como los dos toros que giran. Avanzamos. Cada vez que creo que hemos llegado al final, avanzamos un poco más.

No hay nada que delate la presencia de agua hasta que cae una gota y unas ondas silenciosas se propagan a nuestros pies. El agua es completamente transparente, y el fondo visible es una gruesa capa de cieno gris. En ese cieno, dice Tomás, se descubrió mucha cerámica neolítica.

Vuelve a alzar la lámpara. Detrás del lago, la pared de la cueva es un panel de rayas y muescas que recuerdan a unos peines o rastrillos. Tomás dice:

—Estos son neolíticos, realizados, tal vez, hace 5 000 años. Para entonces, los pobladores habían dejado de ser cazadores-recolectores y ya cultivaban la tierra. Todo el mundo trata de interpretar estas marcas. Muchos dicen que son calendarios, pero nadie sabe a ciencia cierta qué son.

Fueran lo que fueran, comparadas con los animales paleolíticos, estas marcas negras muestran ansiedad y nervio, como si fueran la expresión de unas preocupaciones humanas nuevas. ¿Qué problemas se pretendía solucionar con estas rayas? Las huellas neolíticas te dejan con esa sensación de *tenerlo en la punta de la lengua*, como de saber qué son y no ser capaz de decirlo. Pero el caballo rojo, las cabras montesas y los toros suspendidos, mucho, mucho más antiguos, los reconocemos al instante.

—Ven —dice Tomás—. Sabían que aquí había agua.

7 La autora hace aquí un juego con la homonimia en inglés del verbo *to draw* que significa tanto dibujar como extraer, atraer o sacar. (*N. de la T.*)

Posiblemente se lo decían a sus hijos, incluso los traerían hasta aquí, diciendo: recuerda esta cueva si en el mundo de ahí arriba llegaran a secarse los manantiales. Agarra una antorcha, no pierdas la calma, sigue avanzando y no desistas, encontrarás agua.

La pared está casi pegada a nosotros, el suelo es desigual. Cuando alargo la mano para sujetarme, soy consciente de ese roce, consciente de nuestra respiración. Muchas de las cuevas que contienen pinturas rupestres —Chauvet, por ejemplo— están cerradas a los visitantes. En las de Lascaux, tan dramáticas (y más jóvenes), con su ingente bestiario, se visita una réplica construida en la superficie. Estos lugares están cerrados al público a fin de conservarlos. Como hace tanto tiempo, solo pueden entrar los especialistas y los investigadores, no la gente corriente.

Te preguntas si esto es lo que nos motiva, lo que nos ha llevado tan lejos: discriminaciones y resentimientos, por un lado. Tú sí, pero tú no. Por el otro, nuestra capacidad, nacida, tal vez, de los miles de años de observación del juego de luces y sombras que producen las llamas, de pensar en símiles, en metáforas. Podemos decir, mira, esa sombra parece una cornamenta, esta línea sugiere un cuerno de cabra, esa chica es una gacela, este problema se parece a aquel, y, por consiguiente, esa solución podría funcionar. Los saltos asociativos, las cuidadas taxonomías, la manera en la que funciona nuestra mente.

Dejamos el laguito. En el medio del panel neolítico de rayas y muescas. Hay un hombre pájaro, volando con las alas extendidas.

Debió de haber un día en el que la cueva quedaría abandonada. Un abandono gradual, luego el olvido de los siglos. Puede

que haya tenido varios periodos de oscuridad, cuando solo los animales buscaban refugio en ella, y luego periodos de redescubrimiento, cuando la cueva satisfacía nuevas necesidades.

Distintas necesidades en eras distintas. Esa relación del Paleolítico con los animales, con la Naturaleza, está acabada, rota, o eso decimos. Qué extraño, sin embargo, que hayan sido animales —murciélagos— los que condujeron hasta la cueva esta vez. Y que haya sucedido justo cuando estábamos descubriendo una nueva relación, más cercana que nunca: descubriendo que todos hemos salido juntos, separándonos y superponiéndonos, desde las profundidades de un origen evolutivo común.

Las lámparas vuelven a moverse, las sombras danzan. Por increíble que pueda parecer, seguimos avanzando, más adentro todavía.